

HOMENAJE A CALDERÓN DE LA BARCA

FÉLIX DEL VALLE Y DÍAZ

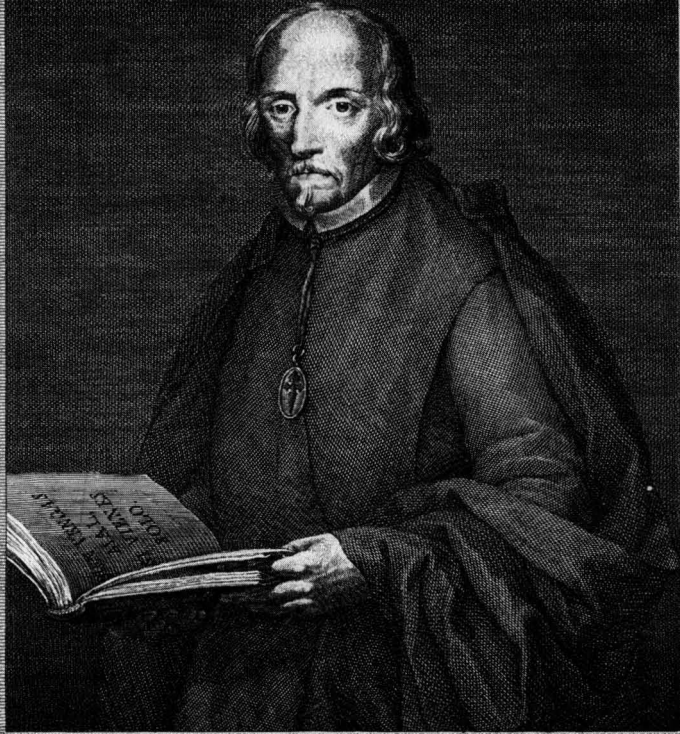
Numerario

Es esta la sexta vez en la historial de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo que su corporación en pleno sale de su sede. Y lo hace en esta ocasión para celebrar sesión pública y solemne con el Excmo. Cabildo de esta Santa Iglesia en homenaje al poeta y dramaturgo Calderón de la Barca en el cuarto centenario de su muerte, quien fuera también capellán de esta Capilla de Reyes; sesión que es presidida por el Excmo. Sr. Arzobispo Primado de España.

Es un grandísimo honor para nosotros que nos obliga a sinceras expresiones de agradecimiento. En primer lugar al Excmo. Sr. Deán, D. Evencio Cófreces, por el seguimiento personal que de la preparación de esta sesión ha hecho. Y de manera muy especial a nuestro muy respetado y querido arzobispo D. Francisco Alvarez Martínez, por su interés en que esta sesión se celebrara y por el honor que nos hace con su presidencia.

Nos encontramos, pues, en la que Calderón fuera nombrado capellán en 1653, a sus cincuenta y tres años de edad, nombramiento reforzado en 1663 por el de «capellán de honor de Felipe IV».

Sus más recientes investigadores, los oradores de hoy, nos han señalado con un ramo de flores el sitio que Calderón ocupara durante años en esta capilla. Mientras se han acomodado Vds. en sus asientos hemos escuchado música del siglo XVII que el mismo



D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

*Caballero del ór. de Santiago. Cavellan de Honor
de S. M. y de Reyes Nuevos en Toledo, Poeta
Cómico en quien compitió la invencion ingeniosa con
la urbanidad, y belleza del Lenguage. Nació en
Madrid a. 1601 y murió allí a los 81. de su edad.*

Calderón escucharía. Y la hemos escuchado, de manos del organista D. Angel Redondo, surgir del órgano que fuera colocado en el lugar que hoy lo vemos, bajo mandato del capellán Calderón.

Todo está dispuesto pues, para que los conferenciantes nos den noticias del ilustre dramaturgo, muchas de las cuales serán inéditas, y para que nosotros podamos recibirlas en este ambiente que, a poco esfuerzo que hagamos para proponernoslo, nos trasladará al siglo XVII y a la vida de aquel Calderón de la Barca, Pedro Henao de la Barreda y Riaño, que a sus trece años compuso «El carro del cielo», y a los veinte obtuviera el tercer premio del certamen en honor de San Isidro. Y que tempranamente pasara de las letras a las armas participando en las batallas de Flandes y Lombardía.

Y volviera después a la poesía y la comedia sin que, por la pluma, olvidara por completo la espada. Nos lo recuerda aquella riña espada en mano para defender a uno de sus hermanos del comediante don Pedro de Villegas; hecho que el poeta fray Hortensio Félix de Paravicino, aquel amigo de El Greco, narrara un día. Narración que no debió de gustar a Calderón, pues replicó llamando a las críticas de Paravicino «sermón de barbería», por lo que nuestro dramaturgo fue preso por haber «ofendido a un ministro del Señor».

A sus treinta y seis años fue nombrado por sus obras literarias caballero del hábito de Santiago, tras las pruebas pertinentes de sangre. Después, otras hazañas bélicas en Cataluña y otros datos que no me corresponde destacar. Sólo decir que contando cincuenta y un años abraza el estado sacerdotal, del que nos darán cumplida cuenta los conferenciantes que hoy ocuparán el ambón.

He de aclarar, sin embargo, que lo de «cumplida cuenta» no

será a plena satisfacción de los oradores, pues el tiempo de que disponen les obligará a dejarse datos reservados para una publicación más completa sin límites ya de tiempo, en la que verterán en lo posible sus recientísimas investigaciones sobre este insigne capellán dramaturgo.

Todo nos es propicio: el lugar, esta joya de Alonso de Covarrubias, el ambiente, el órgano, la música, el sitial, la reja baja de Domingo de Céspedes, aquel inteligente rejero que, abandonando la lucha por la construcción de la importante reja del altar mayor, disputada entre el maestro Andino, Francisco de Villalpando (vencedor en la contienda), y él mismo, decidiera dejar de disputar y ponerse a trabajar, lo que le valió la ejecución de la gran reja del coro, así como la de entrada a esta capilla y la preciosa cancela admirada hoy por nosotros, y que también lo fuera por el capellán dramaturgo Calderón de la Barca.

Trasladados, mentalmente al menos, a la época de las cosas que nos rodean que también rodearon a Calderón, dispongámonos a escuchar cuanto de Calderón nos digan los conferenciantes.